

El hombre verdadero

*El que con diente fiero/ a la musa y la música atacaba// no es un hombre verdadero/ es un perrazo que pariendo estaba/
G. Ogirando. El CONCISO*

Álvaro de Rocroy estaba en Cádiz cuando el asedio se recrudeció. Álvaro de Rocroy intentaba cazar algún ejemplar –sic- de Balada de las Damas del Tiempo Pasado, de Villón, editado en Cádiz, texto promisor de orgías sin cuento y remedios para ciertos decaimientos anímico-corporales, que son proclives en suceder y parcos en ser confesados.

Álvaro, por ende, solía recorrer, en tiempos, toda la cuenca del bajo Guadalquivir y la costa Suratlántica, empeñado en ese y en otro sin par volumen, una publicación fechada en el mismo Cádiz, muy anterior al asedio napoleónico y aún, a la nauaquia del Cabo de Trafalgar, que contenía, según él, las excelencias de una danza que remediaba tan deplorables caídas con sólo el hecho de atisbarlas. La danza, explicaba, era conocida como quesnelle, en Francia, bautizada en Gades con el “la” quesnelle, - artículo femenino degradante cuando se antepone a cualquier nombre o apodo-, que causara estragos en los salones de Versalles, en los palacetes de Nantes y en las villas de Orleans, y, pólvora efímera, en toda aquella nueva aristocracia, venida de la France a instituir la France, relatándola, como él la suponía, transida de rubor y en un golpe de tos, con el escote a la balconiere, -flan de seno y nieve con clavel- que la moda es lo que nosotros descubrimos y, nunca, lo que nos quieren imponer los demás.

- Y el abate Melón, no tuvo tiempo de escandirla, aclaraba.

(La quesnelle era danzada en salones cubiertos de espejos, a oscuras y con un candilillo cautivo en manos de la dama que prometía con su arrimo o lejanía, sombra, piel, fru-fru y belleza, ingredientes supremos de la receta mórbida, tal polvo excitante y tintura de ámbar.)

Esta descripción, a todas luces subjetiva, había inspirado más de un librillo que Álvaro rastrea como si le fuese la vida en ello.

-¿Me ayudarás a encontrarlo? Preguntábame ansioso. Y añadía, luego, la extraña e inconcordante frase que transcribo: “Se partageron l’aigua e lo pan e la sau”, tornando de provenzal a catalán sonidos y durezas, haciéndome dudar, breve instante levísimo, de su equidad mental, a lo mejor por estar en contacto directo con el siroco atenuado del levante, viento agreste y sucio, que azota la zona con sus cielos opacos y su lenguaje morse de cañonazos del francés, el catalán, la lengua de Languedoc y su deficiente pronunciación.

-¿Igual que tú me conseguiste el Traité du Maljoint, de Cruchot?

- Hombre, ése es muy difícil. Eso no quiere decir que no lo siga buscando.

- No dudó que lo hagas. Avant la lettre, Rocroy

_____ *Quedeme yo, aquella noche en la residencia de Don Manuel José Quintana, literato granado, circunspecto político, hombre de corte y cuño, pensando, iluso, tentar las brechas en el débil cantil, si se me permite la expresión, durante la bajamar en la Alameda de Apodaca, menguada y sucia, por la masiva asistencia de los gaditanos, a todas las horas, dada la apología del calor que azotaba la costa, cuando el torpe viento del este arreció de tal forma, un tifón de tierra y polvo, cielo calimoso y rugidos sin cuento, dejando la tarde imposible para todo lo que no fuese prisión con techo cenobial cerrado.*

¿Leerá la obrilla de Don Antonio Alcalá Galiano o dirigirá su atención a la Sesión de esta mañana?

- Ni una cosa, ni otra. No me placen, ni la excesiva juventud ni la política apasionada. No concibo el día con acritudes, cuando el ánimo mengua como el sol.

Por la ventana, entre cortinas, creí ver, entre los remolinos basurientos de polvo, al caballero de Ogirando, calado el sombrero de picos, arrebujado en capa, huida sombra de sí mismo.

Leía, inconstante, aturdido, sin la concentración adecuada un ejemplar de "Il Soneti Lussuriosi", de Albiach, y una addenda al "Tractatus de Sodomía Feminarium", de Champier, ejemplares guardados por mi amigo, cuando en un momento ciego para el libro y casi para la ventana, me pareció ver a Álvaro, penetrando la angosta puerta del almacén en la muralla, donde pareció verme ver a Ogirando.

¿Per angostan viam? Me dije. El sueño de la razón ya me ha perdido, refunfuñé, pues creí hasta oír que pronunciaba alguien, las mismas palabras.

Cerré las cortinas. Las lentas cortinas verdes y oblongas, de tela espesa e invernal que clausuraban más la habitación. Jamás había estado con Álvaro en las sentinas del placer que con tanto entusiasmo predicaba. Sólo hablar. Leer. Compartir información. A lo mejor, porque mi alma siendo blanca, blanda y silenciosa como la sugiere Adriano en sus memorias, jamás se adaptó a la idea de confesar con nadie, deseos, sentimientos, verdades. El que te conozca te dominará. El sexo, además, por íntimo es mágico; su secreto enaltece.

No obstante, no pude seguir leyendo. Me costaba continuar con la lectura. Aún con aquellos sonetos considerados casi, embajadores de preludios y espasmos de sensaciones íntimas...

(Pero, ahora lo sé, sólo era placer disecado, más para el ensueño intelectual que para el tirón brusco de la rienda, cuando la carne excede a toda idea). ¿Cómo Álvaro, con su clase, perteneciente a la más alta alcurnia acudía a un triste cuchitril, allende la muralla? Dónde su exquisitez, su paladar, si a mí me

constaba que él solo era, -en todo-, gusto, lujo y refinamiento. ¿Habría allí, flor entre escombros, algo de eso?

La tentación es el tenis entre la libertad y la represión ¿Qué hacer?

La moral y la razón se pierden con las putas, la ética con la política, el poder con la plebe...

El viento renqueante y ronco que taladraba los cristales, me empujó hacia la entrada. Y casi llegando a una calleja, algo me cortó el paso. Varios coches y carruajes atestaban la calle, y una puerta, casi perdida en la piedra, era severamente vigilada

¿Qué harían en un muladar tan miserable? El prestigio de gozador inmenso que precedía a Álvaro, creció en mi interior. Cómo me atreví a dudar de su integridad. De su carácter elitista, de sus innegables dotes de investigador sobre el sexo. Sade, Casanova, meros trogloditas, de pronto. Y andaba mi mente relamiéndose con atronadoras orgías sacralizadas por Cretas y por astados, cuando la presencia de la guardia, rápida, a la carrera hacia el tugurio, cortó en seco toda posibilidad de comprobación, de sorpresa, de inspiración, de deleite.

Sexus semper sicut terra sine aqua, murmuré para que no entendiesen los soldados, mientras corría de nuevo hacia la residencia de D. Manuel José, quejándome de la quasimódica España, tan lejos de Europa en lo esencial, tan imposible, tan terca. Al rato, Álvaro y dos más, esposados, delincuentes signados como en el XVII. La decepción, alta y grande y silente se mezcló con mis lágrimas.

Y sobre el lecho comprendí, que la desesperación humana está fabricada sobre la incomprensión, con el material de la costumbre y el tabú de los sometimientos. Así que al día siguiente huí de allí como si me persiguiesen diablos, hogueras, dedos, acusando de nuevo a liberales y conservadores del atraso y la muerte de la patria.

Dos meses anduve sin tener noticias de Álvaro. Dos meses densos, perdido en trabajos, intentando olvidar la represión de aquella noche, el aquelarre inquisitorial, la guerra, todavía, el sueño de la razón que me obligó a volver, mucho más tarde, en septiembre u octubre, creo recordar ahora, invitado por D^a Francisca Larrea, que en los comienzos del asedio, saltó de Chiclana a Cádiz a su casona literaria. Alojábame en la casa del Vizconde de Brie, que por alcurnia eludiera su embarco en un pontón, el cual seguía siendo el Gran Maestre de la Orden de los Amadores, corta para ser sólida, a la que perteneciera mi admirado Álvaro junto con Jaime Supervielle, Jacinto Mirabeau y Juana la del Revuelo, bailaora y calé. Las excelencias de cada uno de los integrantes de la orden llenarían memorias y enciclopedias, pandectas y tratados caso de ser escritas, sobre todo si añadía sus conocimientos íntimos y futuros, la erudita Juana,

quiromántica, agorera y sibila de todas las mantheias adivinatorias y artes ocultas, que pudiese orquestar la mente humana.

Creo que vi. a Álvaro, la última vez en grave apuro.

Ah, sí. Aquello. Pues le ha reportado fama y dinero. ¿Sabes que divulgó dos obras tras el escándalo? Salió noticia en el Redactor General y un suelto en el Conciso.

No había contestado yo, cuando requirieron la presencia del Vizconde, para algún asunto distinto del que allí trataríamos. El Vizconde comentó que era Juana la que se excusaba. Con un pretexto baladí, se llevó a Jaime hacia otra estancia, rogándome que aguardase, y que les hiciese el honor de quedarme a cenar. Me dirigí a la biblioteca. La espera es más grata entre libros, cánulas de saber y tiempo, cápsulas de silencio y vida.

Paseaba mi vista por los lomos, atisbando títulos conocidos, - La Lozana Andaluza, Fábulas Libertinas o el Erotismo de Bataille-, indispensables, necesarios, junto a otros sólo oídos, o exaltados por alguien: Jou Pu Tuan, La Kama Gita, Sátira de Luisa Sigea, de Chorier, libros de culto entre nosotros cuando creí distinguir dos títulos desconocidos, uno en un librito opuscular en edición de piel, a la que el nombre de Álvaro vinculaba al recuerdo: Ginetrimegista, -el amor en la obesa-, igualmente unido a dos títulos más en edición de bolsillo con cartón: Coitum taurofilum, y de Optimitate Triparum, obras también del mismo autor.

Pedí al Marqués permiso para leer las obras, tras narrar lo ocurrido en la muralla, aquella tarde de repiques de lluvia y de conciencia

-Pues ya verás. Alvarito ha conseguido extasiar con esa obrita a media España, pero no ha llegado a la Isla, ni al pobre Teatro donde celebran las sesiones.

-¿Y eso?

- Los diputados no deben perder ni fuerza ni ideas. La patria exige más.

La verdad es grande y siempre prevalece, dije, y el Vizconde, junto con Jaime y con Jacinto, dirigió la velada hablando de las obras. Derramaron almíbar, eufemismos, glosas, ditirambos, admirativas exclamaciones sobre la manera de sublimar el bestialismo en esta o su visión manierista del sexo cuando la pareja portaba ciento ochenta kilos de peso en otrora, el clímax falicalizado en polaridades homosexuales ante la bestia y su poder desflorativo ante la púber crasa.

¿Y en el capítulo décimo segundo? Allí descubre con bellas metáforas y comparaciones que toda la carga emocional que conlleva la acción, homosexualiza y despoja al sexo, a la vez, de toda sexualidad intrínseca...

Y no creas, de Optimitate triparum, cambiará la sexualidad del milenio. Le da diversidad dimensional y trascendencia al sexo como interacción subsidiaria de la psique...

Hoy hace ya cinco años que aconteció la tertulia, se aprobó la constitución y se acabó la guerra. Y con los libros en las manos, solos y doctos y juntos, me parece estar oyendo aquellas voces. Nosotros, los Álvamos, los Jaimes, la famosa jet set, la nata blanca de la raza, modelos de educación y glamour, no somos más que hipocresía hiperactiva, hipermacronada de papel couché. Nadie ha dicho que la vida es el arte de no enmascarar la vida. Nadie que la edad no tiene nada en común con la madurez, y tampoco que todos somos bufones subjetivos de una objetividad peculiar en cada uno. Y digo esto porque al indagar, conocí.

Álvaro entró en la reunión sólo para beber. Álvaro despreciaba todo sexo que no fuese su idea del sexo.

Álvaro humillaba a las personas que no tenían rango de tal a sus ojos.

Muy bebidos, decidieron atentar contra la dignidad del Duque de Orleans. Insultó a los liberales, a los tiranuelos de Nápoles o Portugal, que sólo querían mando e influencia, al igual que los zarrapastrosos de ultramar.

Cuando tras la zapatiesta policial descubrió la enrevesada verosimilitud que podría llevar aquella historia, la escribió, nos mintió, con textos plagiados, con fragmentos de obras de aquí y de acullá, cruzando ideas de Ovidio con Kalyanamalla y con quien se encontrase entre las tapas, apresado en las resmas...

Pero nunca es tarde para que duela el error ni para que torne el placer.

Por eso escribo esto en la misma alameda, hoy, viendo la calle sola y soleada y al propio sol cortando la pared como un encuadre donde la luz incide con la vida, en instantes de sombra y sueño, y como dijo Byron, vosotros, los que venís a vivir a Cádiz, nada interrumpe las alegres diversiones. En vez de la verdadera devoción, el incienso monacal asciende hasta la bóveda celeste y el amor y la oración, comparten las horas del día.